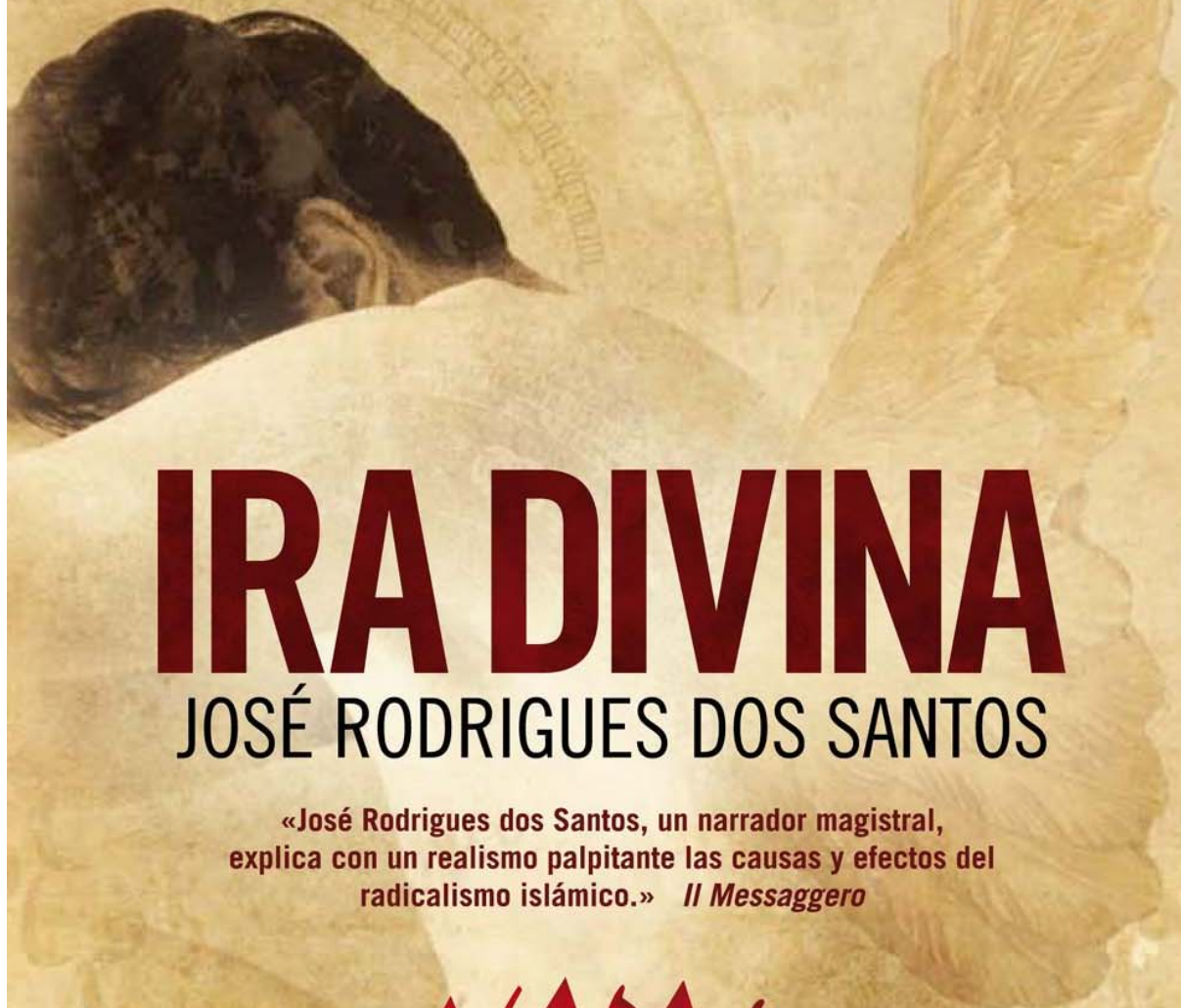


اللَّهُمَّ صَلِّ عَلَى مُحَمَّدٍ وَعَلَى آلِ مُحَمَّدٍ



# IRA DIVINA

JOSÉ RODRIGUES DOS SANTOS

«José Rodrigues dos Santos, un narrador magistral,  
explica con un realismo palpitante las causas y efectos del  
radicalismo islámico.» *Il Messaggero*

rocaeditorial • misterio

اللَّهُمَّ صَلِّ عَلَى مُحَمَّدٍ وَعَلَى آلِ مُحَمَّدٍ

# Ira divina

José Rodrigues dos Santos

Traducción de Juanjo Berdullas

**Rocaeditorial**

© Título original: *Fúria Divina*  
© José Rodrigues dos Santos / Gradiva Publicações S.A.

Primera edición: marzo de 2011

© de la traducción: Juanjo Berdullas  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona.  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-189-9  
Depósito legal: M. 1.997-2011

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

«Comprar armas para defender a los musulmanes es un deber religioso. Si es cierto que he adquirido esas armas (nucleares), doy gracias a Dios por que me haya permitido hacerlo. Y si estoy intentando comprarlas, no hago más que cumplir con mi deber. Para un musulmán sería pecado no intentar contar con armas capaces de evitar que los infieles causen daño a su pueblo.»

OSAMA BIN LADEN,  
Afganistán, 1998



A todos los creyentes que aman y no odian.  
A mis tres mujeres, Florbela, Catarina e Inês.



## Aviso

Todas las referencias técnicas e históricas,  
así como todas las citas religiosas que se reproducen  
en esta novela, son verdaderas.

Esta novela ha sido revisada  
por uno de los primeros  
miembros operativos de Al-Qaeda.





## Prólogo

Las luces de los faros rasgaron la noche glacial y anunciaron un fragor agitado que se aproximaba. El camión recorrió Prospekt Lenina despacio; el ruido del motor era cada vez más fuerte y no empezó a disminuir hasta aproximarse a la verja. El vehículo giró poco a poco, subió la cuesta rugiendo por el esfuerzo y se detuvo frente a las rejas. Los frenos emitieron un chirrido desafinado y el motor humeó de agotamiento.

El centinela somnoliento salió de la caserna con el cuerpo encogido bajo el abrigo y con el kalashnikov colgado en bandolera con displicencia se acercó al conductor.

13

—¿Qué ocurre? —preguntó el soldado, malhumorado por tener que dejar el cobijo que ofrecía la caserna y encarar el severo frío del exterior—. ¿Qué hacéis aquí?

—Venimos a realizar una entrega —dijo el conductor, exhalando por la ventana un denso vaho.

El centinela frunció el ceño, intrigado.

—¿A estas horas? *Tchort!* Son las dos de la mañana...

El rostro del conductor le llamó la atención. Tenía la piel cetrina y los ojos negros y chispeantes, la fisonomía típica de un caucásico.

—Dejadme ver la documentación —añadió.

El conductor bajó la mano derecha y sacó algo en medio de la oscuridad.

—Aquí la tiene —dijo.

El soldado apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que el conductor del camión le apuntaba a la cabeza con una pistola con silenciador.

*Ploc.*

El centinela se derrumbó como un títere, sin soltar un gemido siquiera. Su cuerpo se desplomó con un ruido apagado, como un saco que cae al suelo. La sangre brotaba a borbotones de su nuca y manchaba la nieve enlodada.

—¡Ahora! —gritó el conductor volviendo la cabeza hacia atrás.

Cumpliendo con el plan previsto, cuatro hombres saltaron de la caja del camión, todos con uniformes del Ejército ruso con el número del regimiento 3.445 cosido. Dos recogieron el cuerpo del soldado para meterlo en el camión, otro limpió la nieve ensangrentada, y el cuarto desapareció en la caserna.

La verja se abrió con un zumbido eléctrico y, sin recoger al hombre que había entrado en la caserna, el camión pasó por delante de una placa sucia que anunciaba «PO MAYAK» en caracteres cirílicos, y entró en el recinto.

14 El complejo era enorme, pero el conductor sabía muy bien adónde se dirigía. Vio los centros de investigación de Cheliábinsk-60 y, tal como habían acordado, aparcó en la calzada, cogió el teléfono móvil y marcó un número.

—¿Sí? —contestó una voz al otro lado de la línea.

—¿Coronel Priajin?

—Dígame.

—Ya estamos dentro, en el lugar acordado.

—Muy bien —respondió la voz—. Venga al complejo químico y siga el procedimiento establecido.

El camión arrancó y siguió en dirección al «complejo químico», un simple eufemismo. Al final del camino había una garita; el conductor sabía que había dos más a lo largo de la tapia. Entre la garita y la verja, un letrero desgastado y oxidado indicaba «ROSSIYSKOYE HRANILICHSCHE DELYASCHYKSYA MATERIALOV».

Ciñéndose al plan, el conductor aparcó discretamente en un rincón delante de la garita, paró el motor y apagó los faros; volvió a marcar el número de teléfono, colgó al segundo tono y esperó.

La verja automática empezó a abrirse. Luego se abrió la puerta de la garita, dejando paso a un haz de luz del interior, y un hombre salió a la calle. La gorra indicaba que era un oficial del Ejército. El militar miró a su alrededor, como si buscara algo, y el conductor le hizo una señal con los faros.

El oficial vio las luces encenderse y apagarse y, a toda prisa, se dirigió al camión.

—*Komsomolskaia* —exclamó el oficial dando la seña.

—*Pravda* —respondió el conductor como contraseña.

El militar subió al asiento del pasajero, y el conductor lo saludó moviendo la cabeza.

—*Privet*, coronel. ¿Todo bien?

—*Normalno*, mi querido Ruslan —asintió Priajin con voz tensa y gesto de impaciencia—. Vamos. No hay tiempo que perder.

Ruslan metió la primera marcha y dirigió el camión hacia la verja abierta. El vehículo pasó despacio frente a la garita y franqueó la verja para entrar en el complejo químico.

—¿Y ahora qué?

—Aparque delante de aquella puerta de servicio.

El camión se paró delante de la puerta y, sin detener el motor para evitar que se congelara, Ruslan gritó una orden a los hombres que iban en la caja. En el acto, cinco hombres saltaron del camión. El conductor también bajó y dio otras dos órdenes. Era evidente quién estaba al mando. Los hombres sacaron dos cajas pequeñas de metal.

—*Davai, davai!* —bramó con nerviosismo el coronel Priajin para que se dieran más prisa—. ¡Moveos!

Uno de los hombres se quedó a vigilar en el camión; los otros cinco acompañaron al oficial ruso hasta la entrada de servicio y accedieron al edificio, cargados con las dos cajas.

Dentro, la temperatura era agradable y los intrusos se quitaron los guantes, pero no los abrigos. Ruslan miró a su alrededor evaluando las instalaciones. El interior estaba iluminado con una luz amarillenta y las paredes de hormigón parecían increíblemente gruesas.

—Tienen ocho metros de espesor —dijo el coronel al ver que Ruslan miraba las paredes, y señaló hacia arriba—. El techo está cubierto de cemento, alquitrán y grava.

El oficial ruso condujo a los intrusos por los pasillos desiertos, girando varias veces, a derecha e izquierda, hasta llegar a una esquina, donde se detuvo, miró atrás y dijo a Ruslan a media voz:

—Yo me quedo aquí. En el próximo pasillo está la sala de vigilancia, que controla el acceso y el interior del cofre de seguridad. Como ya les expliqué, hay dos hombres. Más adelante, al fondo del pasillo, hay unas escaleras, y ahí arriba está la antecámara con el acceso al cofre de seguridad. Cada guardia conoce una mitad del código. Así que con un hombre sólo tendrán una mitad del código. Por eso...

—Ya lo sé —lo interrumpió Ruslan con repentina aspereza, como si lo mandara callar.

16 El coronel guardó silencio un momento y escrutó con la mirada al jefe del comando. Estaba acostumbrado a dar órdenes a gente como él, no a recibirlas.

—Buena suerte —gruñó.

Ruslan se dio la vuelta y clavó la vista sobre dos de sus hombres.

—Malik, Aslan —ordenó, moviendo levemente la cabeza—. Id vosotros.

Los dos hombres empuñaron las pistolas con silenciador, doblaron la esquina y avanzaron con sigilo por el pasillo. En el lado derecho había una puerta abierta y dentro había luz. Entraron en la sala y, al instante, se produjo una breve agitación que culminó con los cuatro *plocs* sordos de unos disparos.

Sin esperar a sus compañeros, Ruslan y los otros dos hombres avanzaron por el pasillo con las dos cajas que habían traído consigo del camión. Sólo se detuvieron al llegar a las escaleras. Las subieron con sigilo y llegaron a una antesala protegida por rejas que parecía una jaula.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

Un cuarentón con una gran barriga salió de detrás de un escritorio y se acercó a las rejas, para plantarse ante los desconocidos.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Soy el teniente Ruslan Markov —se identificó el desconocido al otro lado de las rejas haciendo el saludo militar.

Señaló las dos cajas que llevaban sus compañeros y añadió:

—Venimos de la fábrica química de Novossibirsk con material para almacenar.

—¿A estas horas? —dijo, extrañado, el barrigudo—. Esto va contra el reglamento. ¿Qué protocolo estáis siguiendo?

Después de pasar los ojos por la placa que el barrigudo llevaba en el pecho, Ruslan sacó el móvil y marcó un número. Al segundo tono de llamada, una voz contestó al otro lado de la línea. Ruslan alargó el teléfono al guardia entre las rejas diciéndole:

—Es para ti.

El hombre miró el teléfono, sorprendido, con las cejas arqueadas en un gesto de intriga. Lo cogió y se lo acercó al oído.

—¿Sí?

—¿Vitali Abrósimov? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Le paso con su hija Irina.

Se oyó un sonido confuso al otro lado y un hilo de voz trémulo y medroso recorrió la línea.

—¿Papá? ¿Eres tú?

—¿Irisha?

—Papá —dijo la hija sollozando, con la voz alterada por las lágrimas—. Nos van a matar, dicen que nos van a matar a mí y a mamá.

—¿Qué?

—Tienen armas, papá —explicó con un nuevo sollozo—. Dicen que nos van a matar. Por favor, ven...

Un *clic*, seguido del sonido continuo de la línea telefónica al colgar, interrumpió la frase.

—¡Irisha!

Las miradas de Vitali y Ruslan se cruzaron a través de las rejas. La del primero reflejaba temor y dudas, mientras que la del segundo, autoridad y afirmación.

—¡Abre la puerta! —ordenó Ruslan.

Vitali dio un paso atrás, sin saber qué hacer. Tenía el miedo pintado en el rostro.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—¿Quieres volver a ver a tu familia? —preguntó el intruso.

Sacó del bolsillo una máquina de fotos digital, enseñó la pequeña pantalla del aparato a Vitali y añadió:

—¿Ves esta foto? La saqué hace una hora en Ozersk.

El barrigudo vio en la pantalla la imagen de su hija y de su mujer llorando. Un hombre las agarraba del pelo, mientras con la otra mano sostenía junto a su cuello la hoja serrada de un cuchillo militar.

—¡Dios mío!

—¡Abre la puerta inmediatamente! —gritó Ruslan guardando la cámara fotográfica.

Con las manos temblando, Vitali sacó la llave del bolsillo de los pantalones y se apresuró a abrir la puerta. Los tres hombres entraron con arrogancia en la antesala, apuntando con los kalashnikov a los guardias de la cámara.

18 —Por favor, dejadlas en paz —imploró Vitali, reculando y juntando las manos en un gesto de súplica—. Ellas no tienen nada que ver. Dejadlas en paz.

Ruslan clavó la mirada en la gran puerta de acero que tenía el símbolo nuclear pegado en el centro, al fondo de la antesala.

—Abre la cámara.

—No les hagáis daño.

El intruso cogió a Vitali por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Escúchame bien, pedazo de mierda —murmuró—. Si abres esta cámara y salta la alarma, te garantizo que cortaremos a tus mujeres en trocitos. ¿Te ha quedado claro?

—Pero yo no tengo el código...

—Ya lo sé —asintió Ruslan—. Llama a tu amiguito sin levantar sospechas, ¿vale?

Siempre temblando y con gotas de sudor corriéndole por la cabeza, Vitali se sentó al escritorio, cogió el teléfono y marcó el número.

—Misha, ven aquí. —Hizo una pausa—. Sí, ahora. Te necesito. —Hizo otra pausa—. Ya sé que es tarde, pero te necesito

inmediatamente. —Una nueva pausa—. *Blin*, ven aquí, haz lo que te digo. Date prisa, vamos.

Colgó el teléfono.

—¿Dónde está? —quiso saber Ruslan.

Vitali miró de soslayo hacia una puerta lateral.

—Durmiendo en el cuarto. Son las dos de la mañana.

Ruslan miró a los dos hombres que lo acompañaban y señaló la puerta. Sin una palabra, los miembros de su comando tomaron posiciones rápidamente, cada uno de ellos a un lado de la puerta.

Cuando se abrió ésta y el muchacho entró, lo agarraron inmediatamente por detrás.

—¿Qué hacéis? —protestó.

Ruslan levantó la pistola, se pegó el cañón con silenciador a los labios y lo fulminó con la mirada.

—¡Ni una palabra!

Inmovilizado por dos hombres y con otro de ellos armado apuntándole desde la antesala, el muchacho pensó que lo mejor era obedecer.

—Tú y Vitali vais a abrir la cámara.

—¿Qué?

Ruslan dio un paso al frente y le lanzó una mirada intensa.

—Presta atención a lo que te voy a decir —murmuró.

Sus palabras estaban impregnadas de un tono latente de violencia.

—Sé que hay un código secreto que abre la cámara y que al mismo tiempo activa la alarma. Ése no es el código que quiero. Quiero que introduzcáis el verdadero código. ¿Me has entendido?

—Sí.

Ruslan esbozó una sonrisa. Era más una mueca que una muestra de buen humor. Sacó la cámara de fotos del bolsillo.

—Sé lo que estás pensando —dijo mientras volvía a encender la cámara—. Puedes decirme que no activarás la alarma. En cambio, metes el código y cinco minutos después, ¡catapún!, esto se llena de hombres del 3.445. —Siguió hablando, poniendo los dedos en las sienes del muchacho—. Eso sería una pésima idea, Mijaíl Andreiev. Una pésima idea.



Enseñó la pantalla de la cámara digital al que ahora era su prisionero.

—Esta fotografía la tomamos hace una hora. ¿Te suena alguien de la foto?

Mijaíl miró con espanto la pantalla.

—¡Iulia!

La pantalla mostraba el rostro lloroso de una mujer con un bebé en el regazo y dos cañones de kalashnikov apuntándoles a la cabeza.

—Han salido muy bien en la foto —exclamó Ruslan, con un tono cargado de ironía—. ¡La preciosa Iulia y el pequeño Sasha!

Guardó la cámara en el bolsillo:

—Si por casualidad aparecen por aquí alguno de los muchachos del 3.445 después de que abráis la cámara, te juro por Dios que los hombres que están en tu apartamento de Orzersk mandarán de inmediato a tu familia al Infierno. ¿Ha quedado claro?

—No les hagáis daño, por favor.

20 —La seguridad de vuestras familias está en vuestras manos, no en las nuestras. Si os portáis bien, todo saldrá a las mil maravillas. Si os portáis mal, esto acabará en un baño de sangre. ¿Entendido?

Mijaíl y Vitali asintieron con la cabeza, sin oponer resistencia.

Satisfecho, Ruslan dio un paso atrás e hizo una señal a sus hombres de que soltaran a Mijaíl.

—Cuidadito, ¿eh?

En ese instante llegaron a la antecámara los dos hombres que se habían quedado atrás «limpiando» la sala de vigilancia de vídeo. Uno de ellos hizo señas con una cinta, como si mostrara un trofeo.

—Todo arreglado.

—Buen trabajo —dijo Ruslan en tono inexpresivo.

Se dirigió a la puerta de la cámara y miró a los dos prisioneros.

—Introducid el código.

Temblando, conmocionados, ambos se acercaron, se inclinaron sobre la caja que controlaba el cerrojo de la puerta de acero

y, al mismo tiempo, marcaron los números que les correspondían. La enorme puerta emitió un *clac* y se desatrancó con el ruido apagado de una descompresión.

De manera cuidadosa, Ruslan giró la manivela y la puerta de la antecámara comenzó a abrirse mientras exclamaba con una sonrisa:

—¡Ábrete, sésamo!

Pronto les pareció a los intrusos que el término «cofre» no hacía justicia a la cámara que se abría ante ellos. La puerta de acero les dio acceso a un enorme almacén lleno de contenedores con el símbolo de radiactividad, que se distribuían a ambos lados de la sala. Los contenedores se amontonaban unos encima de otros, pero con corredores entre ellos, como si fueran calles que separaran bloques de apartamentos.

Ruslan se giró y preguntó a Vitali:

—¿Cómo está organizado el almacén?

—A la izquierda está el plutonio y a la derecha, el uranio.

21

A una señal de Ruslan, los hombres bajaron las escaleras y se adentraron en el laberinto de contenedores. Se movían con rapidez. Nadie quería estar en aquel lugar más de lo necesario. Aunque los contenedores estaban todos sellados, la radioactividad tenía el don de ponerlos nerviosos.

Los miembros del comando recorrieron el laberinto y sólo se pararon cuando Ruslan levantó la mano.

—¡Es aquí! —exclamó al leer las inscripciones en caracteres cirílicos del nuevo grupo de contenedores.

Se dirigió a uno de sus hombres:

—Beslan, demuestra lo que vales.

Un hombre que transportaba una de las cajas procedentes del camión la dejó en el suelo y sacó unas herramientas del interior, que usó en el acceso a un contenedor. Éste se abrió en unos segundos; el hombre encendió una linterna y entró en el interior. Dentro había varias cajas con caracteres cirílicos y el símbolo nuclear. Beslan cogió una de ellas y la metió en la caja que había llevado consigo. Instantes después repitió la operación con otra caja.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Vitali, lo suficientemente alarmado como para perder la prudencia—. ¡Esto es uranio enriquecido al noventa por ciento!

—Cállate.

—Creo que no lo entiendes —insistió, casi en un tono de súplica—. Cada una de estas cajas contiene una cantidad subcrítica de uranio. Si se juntan, las dos masas superarán el umbral crítico y puede producirse una explosión nuclear. Es una cosa muy...

*Paf.*

El estallido resonó con estruendo en el almacén. Vitali, con la cara ardiendo por la bofetada, ni siquiera se atrevió a emitir un sonido.

Ruslan volvió a concentrar su atención en sus hombres.

—Malik, Aslan, mantened las cajas siempre a más de dos metros de distancia una de otra.

Señaló al hombre que había abierto el contenedor.

22 —Beslan, sella todo esto. Quiero que dejes el contenedor igual que lo encontramos.

Beslan cerró el contenedor e inició la tarea de sellado, mientras sus dos compañeros se alejaban con las cajas. Minutos más tarde se reunieron en la antesala y cerraron la puerta de acero del cofre.

—Vosotros venís con nosotros —les ordenó Ruslan a los prisioneros rusos.

El grupo recorrió el camino de vuelta en fila india con Ruslan siempre al frente. Malik iba tras él con una caja y Aslan cerraba la fila con otra. Los otros dos hombres y los prisioneros iban en medio. Pasaron por la sala de vigilancia de vídeo, y el jefe del comando inspeccionó rápidamente el interior. Estaba arreglada y limpia. No quedaban señales del tiroteo.

—Muy bien.

Siguieron avanzando por los pasillos hasta encontrarse con el coronel Priajin.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, *niet problem*.

Salieron del edificio al aire helado del exterior. Se enfundaron los guantes y se dirigieron al camión. El motor seguía en marcha y el hombre que vigilaba el vehículo aguardaba al volante. Al ver que los compañeros regresaban, saltó fuera de la cabina y fue a abrir la puerta trasera.

Subieron al camión y colocaron las dos cajas en dos contenedores especiales, separados el uno del otro. Una vez que el material radiactivo estaba colocado de forma segura, Ruslan señaló los tres cadáveres tirados en una esquina, el del centinela, al que habían matado en la verja de entrada, y el de los hombres que habían sido abatidos en la sala de vigilancia de vídeo. Los habían traído hasta allí.

—Cubrid esos cuerpos y haced subir a los presos.

Los hombres echaron una tela sobre dos de los tres cadáveres, mientras Ruslan y Aslan preparaban sus pistolas. Una vez concluidos los preparativos, Malik hizo una señal a los dos prisioneros, que subieron inmediatamente a la caja del camión. Ruslan y Aslan los dejaron pasar, apuntaron a la nuca de los prisioneros y dispararon casi a la vez.

23

*Ploc.*

*Ploc.*

Mientras sus hombres limpiaban la sangre esparcida por la caja del camión y colocaban los nuevos cadáveres encima de los otros, Ruslan saltó y fue a instalarse en el asiento del conductor junto al coronel Priajin. El camión arrancó, cruzó la verja y abandonó el perímetro del complejo químico.

—¿Está seguro de que quiere salir con nosotros, coronel? —le preguntó el jefe del comando al oficial ruso.

—Debe de estar bromeando —respondió Priajin con una carcajada nerviosa—. No es que quiera; tengo que hacerlo. Oficialmente ni siquiera estoy en Mayak. No olvide que he entrado con una credencial anónima y que no hay ningún registro de mi presencia aquí. No pueden verme aquí dentro. Si no salgo con ustedes, ¿con quién voy a hacerlo?

Ruslan señaló con el pulgar la caseta del guarda que ya dejaban atrás. La verja ya se había cerrado a sus espaldas.

—¿Podemos confiar en los tipos de la caseta del guarda?

—Ya le he dicho que son hombres de confianza. Estuvieron

JOSÉ RODRIGUES DOS SANTOS

a mis órdenes en Chechenia y respondo personalmente por ellos.

El camión recorrió el perímetro de PO Mayak en el sentido inverso al de media hora antes y regresó a la verja de entrada. El hombre que se había quedado de guardia en la caserna subió de un salto a la caja del camión y el vehículo prosiguió la marcha. Se adentró en la Prospekt Lenina y desapareció en la neblina y la oscuridad de la noche helada.

Transportaba una nueva pesadilla para la humanidad.

A mitad del puente bajo y estrecho, entre el lago Azul y el lago Verde, Tomás reparó en el hombre. Era rubio y llevaba el pelo muy corto, casi de punta, y gafas oscuras. Tenía una pose ambigua. Estaba sentado al volante de su pequeño automóvil negro y contemplaba el paisaje en la postura de alguien que pasea y al mismo tiempo espera.

—Debe de ser un turista —murmuró Tomás.

—¿Qué? —preguntó su madre.

—Aquel hombre. Viene detrás de nosotros desde Ponta Delgada. ¿No se ha fijado? 25

—No. ¿Por qué?

Después de mirar de forma prolongada al desconocido parado en la entrada del puente, Tomás movió la cabeza y sonrió, con un gesto tranquilizador.

—No es nada —dijo—. Son manías mías.

Doña Graça paseó la mirada por el paisaje, dejándose embriagar por la armonía serena del panorama que la rodeaba. El valle verde y exuberante se extendía hasta una pared circular lejana. Sólo los dos grandes espejos de agua interrumpían el verdor. Un bosque de pinos bordeaba los pastos y las hortensias y las fucsias teñían de color las laderas.

—¡Qué bonito! —exclamó su madre—. Es un paisaje hermosísimo.

Tomás asintió con la cabeza.

—Es seguramente uno de los paisajes más bellos del mundo.

—¡Aquella parte es espectacular!

—¿Sabe cómo se formó todo esto, madre?

—No tengo la más mínima idea.

Tomás estiró el brazo derecho y señaló con el dedo la larga muralla que rodeaba el horizonte como un anillo.

—¿No lo ha notado? Esto es la caldera de un volcán.

La mirada iluminada de doña Graça, súbitamente asustada, mostró su alarma.

—Me estás tomando el pelo.

—Ni mucho menos. Hablo en serio —insistió el hijo—. ¿No ve aquella muralla del fondo que rodea todo el valle? Son las paredes del cráter. Tienen más de quinientos metros de altura. Ahora mismo estamos en medio de la caldera.

—¡Ay, Dios! ¿Estamos en la caldera de un volcán? ¿Y no es peligroso pasar por aquí, hijo?

Tomás sonrió y le pasó el brazo por los hombros con ternura.

—No se asuste, madre. No va a haber ninguna erupción. Puede estar tranquila.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? Dios mío, si esto es un volcán puede..., puede estallar todo. ¿No te acuerdas de aquel programa de la televisión sobre el Vesubio?

26 Tomás señaló la ladera occidental del cráter.

—La última vez que hubo actividad volcánica aquí, ocurrió allí al fondo, en el Pico das Camarinhas. Fue hace trescientos años.

—Entonces, puede entrar en erupción otra vez.

—Claro que sí. Pero cuando eso ocurra habrá indicios. Un volcán no entra en erupción máxima de un momento para otro. Antes hay una actividad que sirve de alerta.

Señaló unas casas que bordeaban el lago Azul.

—Mire, es un sitio tan seguro que hay gente que vive aquí. ¿Lo ve?

La madre miró el grupo de casas, con una expresión de pasmo en la mirada.

—Lo que me faltaba por oír. ¿Es un pueblo?

—Se llama Sete Cidades. Tiene unos mil habitantes.

Doña Graça se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío, están locos! ¿Cómo pueden vivir en el cráter de un volcán, Virgen Santísima? ¡Válgame Dios! ¿Y si revienta todo?

—Ya le he dicho que si el volcán volviera a la actividad, primero habría signos.

—¿Qué signos?

Tomás señaló los dos lagos que los rodeaban, uno azulado y otro verdoso como el bosque de los alrededores.

—Herviría el agua, por ejemplo. O comenzaría a salir humo del suelo y habría temblores de tierra de origen volcánico. No sé, muchos indicios que sirven de aviso. Pero como puede ver, ahora está todo tranquilo. No va a pasar nada.

Una brisa fresca descendía por las paredes del cráter enorme y recorría la superficie plácida de los lagos. Doña Graça se arregló el cuello de la chaqueta para taparse mejor y se cogió al brazo de su hijo.

—Hace frío.

—Tiene razón. Quizás es mejor que salgamos de aquí.

Entraron en el coche que estaba aparcado en la cuneta del puente y pronto se sintieron más confortados, protegidos del viento desagradable que soplaba fuera.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó la madre.

—No sé, ¿adónde quiere ir? Allí enfrente está Mosteiros...

—No —dijo ella, señalando las casas en el margen del lago Azul—. Vamos antes a ese pueblo.

Tomás encendió el motor del coche. Arrancó, dio media vuelta y pasó frente al coche negro del hombre rubio, camino del pueblo. Una placidez agradable se desperzaba en aquel rincón verde de la isla de São Miguel; era tanta la serenidad reinante que daba la impresión de que allí el tiempo se hubiera detenido.

Una señal indicaba la dirección a Sete Cidades. Al girar a la derecha, más por hábito que por desconfianza, Tomás miró por el retrovisor.

El coche negro del hombre rubio los seguía.

El automóvil que Tomás había alquilado en Ponta Delgada recorrió lentamente el pueblo de Sete Cidades, que parecía adormecido a aquella hora de la mañana. Las ventanas de las casas, cuidadas y bien arregladas, estaban abiertas y la ropa estaba tendida al sol, pero no había un alma por las calles.

—Es un lugar encantador —observó doña Graça—. Deberíamos haber traído aquí a tu padre.



Tomás, que mantenía la atención fija en el retrovisor, desvió la mirada hacia su madre. Algunos días eran mejores que otros, pero no había duda de que el alzhéimer estaba allí. Aquél parecía ser uno de los días buenos. Su madre lo reconocía y hablaba casi con normalidad con él, con tanta naturalidad que Tomás se olvidaba por momentos de la senilidad prematura que se había apoderado de ella. Sin embargo, el comentario sobre su padre le había recordado que aquella lucidez era engañosa y que había acontecimientos recientes que se habían borrado de la memoria de su madre. Por supuesto, uno de ellos era la muerte de su marido. Doña Graça hablaba de él como si aún viviera y Tomás ya había desistido de recordarle constantemente una verdad que olvidaría de inmediato. Y quién sabe si no era mejor así. Si creía que su marido aún estaba vivo, tal vez lo más sensato era dejarlo así. La ilusión parecía inofensiva y la hacía feliz.

—¡Mira allí! ¡Mira allí!

—¿Qué?

28 Su madre señaló una elegante fachada blanca con una torre en medio, coronada por una cruz.

—La iglesia. Venga hijo, vamos a verla.

Conociendo la manía de su madre por las cosas religiosas, Tomás no dudó en complacerla. Aparcó en la calle. Miró atrás y vio el pequeño automóvil negro doblar la esquina y parar junto al paseo, a unos cien metros de distancia.

—¿Qué demonios pasa! —exclamó, intrigado, aguantando la puerta del coche abierta.

—¿Qué sucede, hijo?

—Es aquel coche —dijo—. No ha dejado de seguirnos.

Su madre miró en dirección al automóvil.

—Estará paseando como nosotros. Déjalo.

—Pero va a donde vamos nosotros y se detiene donde paramos. No es normal.

Doña Graça sonrió.

—¿Crees que nos está siguiendo?

—Si no nos sigue, al menos lo parece.

—¡Vaya disparate! Se nota que ves muchas películas, Tomás. Cuando llegemos a casa hablaré con tu padre. Me pa-

rece que tienes una imaginación muy fértil. Esta semana no vas a ver *El Santo*. La televisión hace estragos en la mente.

Tomás cerró la puerta del coche con estruendo y comenzó a andar en dirección al automóvil negro, dispuesto a aclarar la situación.

—Espéreme aquí, madre. Vuelvo dentro de un momento.

—Tomás, ¿adónde vas, hijo? ¡Ven aquí inmediatamente!

Tomás siguió caminando en dirección al coche. Al verlo aproximarse el hombre rubio del coche negro arrancó el vehículo y dio marcha atrás para mantener la distancia. Tomás se paró, asombrado por este comportamiento tan evidente.

—No me lo puedo creer —murmuró, atónito—. Resulta que el tipo me está siguiendo. Esto es increíble.

Avanzó en dirección al automóvil negro, esta vez un poco más deprisa. Una vez más, el hombre rubio dio marcha atrás. Parecía que estuvieran jugando al gato y al ratón, aunque no estaba claro quién era quién. Visto que el desconocido no se atrevía a enfrentarse a él, aunque, por lo visto hasta entonces no había tenido remilgos a la hora de seguirlo sin tomarse la molestia de disimular, Tomás dio media vuelta y regresó junto a su madre.

—¿Qué estás haciendo, Tomás? ¿Qué es toda esta historia?

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Ese hombre nos está siguiendo, pero parece que no quiere explicar por qué lo hace.

—¿Nos está siguiendo? ¿Por qué?

—No sé —respondió Tomás, encogiéndose de hombros—. Supongo que será sólo un chalado.

Resignado, señaló la fachada blanca.

—¿Vamos a ver la iglesia?

Siguieron caminando hacia la iglesia de Sete Ciudades. Tomás volvió la cabeza un par de veces para comprobar si aún los seguían. El coche negro permanecía parado al fondo, pero, en cuanto la madre y el hijo cruzaron la puerta del santuario y desaparecieron en su interior, el vehículo volvió a moverse.

Se acercó y aparcó casi al lado de la iglesia.

La visita duró unos quince minutos y, en el momento en que Tomás y su madre se dirigieron hacia la salida para dejar la iglesia, se toparon con un hombre apoyado en la puerta, un perfil recortado en negro delante del haz de luz matinal. Cuando se acercaron, Tomás advirtió que era el hombre rubio de cabello corto, el del coche negro.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Tomás.

—*Professor Thomas Noronha?* —replicó el hombre, cuyo acento fuerte y nasal denotaba que era norteamericano.

—Tomás Noronha —corrigió el portugués—. *How can I help you?*

El hombre se quitó las gafas oscuras, sacó un carné del bolsillo de la chaqueta y esbozó una sonrisa forzada.

—Soy el teniente Joe Anderson, de la base aérea de As Lajes.

Tomás cogió el documento y lo examinó. El carné pertenecía al *lieutenant* Joseph Anderson. Mostraba una foto en color de un rostro lácteo con boina de oficial. Según el documento, era el *liaison officer* de la USAF en la As Lajes AFB.

30 —¿Por qué me anda siguiendo?

—Disculpe mis modales, *sir*. He recibido órdenes de averiguar su paradero, pero sin entrar en contacto con usted.

—¿Ha recibido órdenes de seguirme? ¿De quién?

—De los servicios de inteligencia del Ejército.

—Deben de estar de broma...

—Le aseguro que nada de lo que hago mientras estoy de servicio es una broma, *sir* —dijo el teniente Anderson, muy convencido—. Hace un momento, he recibido nuevas instrucciones. Tengo que acompañarlo lo antes posible a Furnas.

—¿Cómo?

—Lo esperan para almorzar.

—¿Cómo?

El teniente consultó su reloj.

—Tenemos una hora para llegar. Primero iremos a Ponta Delgada, y desde allí, en un helicóptero de la USAF, hasta Furnas.

—¡Lo siento, pero he de rechazar su propuesta! —exclamó Tomás, dejando traslucir su incredulidad—. ¡Estoy de vacaciones con mi madre y no tengo ninguna intención de encontrarme con quienquiera que me esté esperando!

—Se trata de una persona muy importante de Washington, *sir*.

—¡Aunque sea el mismo presidente! Mi madre vive en una residencia de ancianos. Me he tomado vacaciones para estar con ella, y con ella voy a quedarme.

—Me han informado de que el asunto que ha traído aquí a esa persona es de suma importancia. Sería muy conveniente que el señor encontrara un hueco, aunque sólo sean unas horas, para ir a Furnas.

—Me gustaría saber de qué se trata.

—Simplemente, escuche lo que tenemos que explicarle. Verá como no se arrepiente...

Tomás puso cara de extrañeza.

—Pero ¿de qué maldito asunto se trata?

—Es confidencial.

—¿Espera usted que interrumpa mis vacaciones para ir a hablar con no sé quién de no sé qué asunto?

—Sólo sé que se trata de algo de extrema importancia.

Tomás miró al teniente norteamericano mientras reflexionaba sobre la invitación. ¿Un *big shot* de Washington estaba allí para hablar con él de un asunto muy importante? En realidad no veía cómo aquello podía tener algo que ver con él, pero todo el asunto despertaba su proverbial curiosidad.

—Ve con él, hijo —interrumpió doña Graça—. No te preocupes por mí.

El historiador se mordió los labios, dubitativo.

—¿Dice que serán sólo unas horas?

—*Yes, sir*.

—¿Y qué pasa con mi madre?

—Dada la naturaleza confidencial del encuentro, me temo que ella no podrá ir, *sir*. Tendrá que quedarse en Ponta Delgada.

Tomás miró a su madre.

—¿Cómo lo ve, madre?

—Hijo, yo lo que quiero es irme al hotel. Estoy cansada y me gustaría dormir un poco, si no te importa.

Tomás percibió el tono de queja de su madre y miró al teniente Anderson.

—¿Quién es ese tipo que quiere hablar conmigo?

El teniente dejó escapar un atisbo de sonrisa victoriosa, dando la partida por ganada. Metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un teléfono móvil.

—He hablado con él, pero no sé su nombre. Le llamamos *Eagle One* —dijo enseñándole el teléfono—. En cualquier caso, estoy autorizado a llamarle para que hable con usted, si fuera necesario. ¿Lo cree necesario?

—Por supuesto.

El norteamericano marcó un número y llamó.

—Buenos días, *sir*. Soy el teniente Anderson. Estoy en este momento con el *professor Noronha*, y quiere hablar con usted. *Yes, sir... right away, sir*.

Anderson alargó el teléfono a Tomás. Éste lo cogió con cautela, como si el aparato pudiera estallar.

—*Hello?*

Oyó una risotada al otro lado de la línea y un rugido irrumpió por el teléfono móvil.

—*¡Fucking genio! ¿Cómo va todo?*

32 Aquella voz baja y ronca y aquella expresión eran inconfundibles. Tenían la firma del jefe del Directorate of Science and Technology de la CIA, a quien había conocido años atrás.

Era Frank Bellamy.

—Hola, *mister Bellamy* —saludó Tomás con cierta frialdad al reconocer la voz—. ¿Cómo está usted?

—Pero ¿qué tono es ése? —preguntó el hombre al otro lado de la línea con una nueva carcajada—. No me diga que no se alegra de hablar conmigo...

—Estoy de vacaciones, *mister Bellamy*. —El historiador suspiró—. ¿Qué quiere de mí la CIA?

—Tenemos que hablar.

—Ya le he dicho que estoy de vacaciones.

—*¡Fuck sus vacaciones!* Se trata de un asunto de extrema importancia.

Tomás cerró los ojos, armándose de paciencia.

—Dígame de una vez de qué se trata.

Frank Bellamy hizo una pausa, como si calibrara qué podía decir por teléfono. Bajó la voz al responder.

—Seguridad nacional.

—¿De quién? ¿La suya?

—De los Estados Unidos y de Europa, incluida Portugal.

El portugués se rio.

—Debe de estar pasándose muy bien —dijo—. Portugal no tiene problemas de seguridad nacional. Puede usted estar tranquilo.

—Eso es lo que usted piensa, pero, según la información que tengo, sí los tiene.

—¿Qué información?

—Están pasando cosas muy graves.

Tomás frunció el ceño, intrigado.

—¿Qué cosas?

El norteamericano suspiró y puso el dedo en el botón rojo para colgar, consciente de que la presa ya no se le escaparía.

—Nos vemos para comer.

La voz atronadora rasgó el aire con un tono imperativo.

—Ahmed, ven aquí.

El muchacho se levantó de un salto, casi con miedo de aquel rugido, y ni siquiera se permitió dudar. Fue corriendo desde el cuarto hasta el salón, donde el padre estaba sentado junto a un anciano de barba blanca y puntiaguda, que llevaba un turbante. Era una figura que Ahmed conocía de lejos, de la mezquita. Lo había visto dirigir la oración muchas veces.

34 —¿Qué quiere, padre?

Obviando la pregunta de su hijo, el señor Barakah se volvió hacia el visitante y le dijo:

—Éste es mi hijo.

El anciano pasó los ojos atentos por Ahmed, estudiándolo con una expresión afable.

—¿Cuándo quiere que comencemos?

—Mañana, si es posible —dijo el señor Barakah—. Sería bueno aprovechar el comienzo del año.

Se volvió y llamó a su hijo moviendo los dedos cubiertos de anillos.

—Ven aquí, Ahmed. ¿Has saludado ya al jeque Saad?

Ahmed dio dos pasos al frente y agachó la cabeza con timidez:

—*As salaam alekum* —murmuró con un hilo de voz.

—*Wa alekum salema* —respondió el hombre inclinando también la cabeza—. Entonces, ¿tú eres el famoso Ahmed?

—Sí, jeque.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete.

—¿Eres un buen musulmán?

Ahmed asintió con la cabeza con convicción.

—Lo soy.

—¿Cumples con el ayuno en Ramadán?

Confuso, el niño miró a su padre de reojo, sin saber qué debía responder.

—Yo..., mi familia... —tartamudeó—. Mi padre..., mi padre no me deja.

El jeque Saad soltó una carcajada a la que se unió el anfitrión.

—¡Y hace muy bien! —exclamó el visitante, que se reía aún con la turbación del niño—. El Profeta, en su inmensa sabiduría, eximió a los niños del ayuno.

Se arregló el turbante, que se le había descolocado con la carcajada, y siguió preguntando:

—Ahora dime, ¿cuántas veces rezas al día?

—Cinco.

El mulá levantó las cejas con una expresión incrédula.

—¿De verdad? ¿Te levantas también de madrugada para la primera oración?

—Sí —repuso Ahmed con gran resolución.

—¡No me lo creo!

—Lo juro.

El jeque miró al anfitrión buscando confirmación de lo que el niño le decía.

—Es verdad —garantizó el señor Barakah—. Antes de que salga el sol, ya está rezando. Es muy devoto.

—¿Y lo hace todos los días?

El padre miró al hijo de soslayo.

—Bueno, no todos los días. A veces se queda dormido, el pobre.

—En cualquier caso, me parece muy bien —afirmó el jeque Saad, impresionado—. Muy bien, Ahmed. Te felicito. Sin duda eres un buen musulmán.

El muchacho casi reventaba de orgullo.

—Sólo cumplo con mi deber —dijo con fingida modestia.

El mulá hizo un gesto en dirección a su anfitrión.

—Y tu padre cree que te gustaría conocer mejor la palabra de Alá. ¿No es así?